



BARJAVEL

LOS CAMINOS
A
KATMANDÚ

Tiempos de cambio, en que los padres ven a sus hijos rebelarse con furia y éstos, en una búsqueda incesante, eligen la violencia, la marginación o la evasión hacia regiones lejanas. De todos los rincones del planeta miles de jóvenes peregrinos acuden a Katmandú en busca de la felicidad y paz que promete el misticismo hindú.

Entremezclados con estos viajeros encontramos a los personajes de esta novela. ¿Qué van a buscar? ¿La ilusión de un Dios asequible, la libertad de vivir como se les antoja, o tal vez la droga, que en Katmandú se puede consumir sin restricciones? Para muchos será un viaje hacia la propia destrucción. Los caminos a Katmandú es un libro apasionante, de permanente interés, que testimonia con valentía un momento singular y único en la evolución de la sociedad contemporánea.

A la Diosa Naranja de Katmandú

Quienes lleguen a Katmandú no reconocerán lo escrito en este libro.

Quienes sigan los caminos que llevan allá, no reconocerán los caminos de este libro.

Cada uno sigue su camino, que no es igual a ningún otro, y nadie desemboca en el mismo lugar, ni en la vida ni en la muerte. Este libro no pretende dar una idea de la realidad, sino aproximarse a la verdad.

La de Jane, y la de Olivier, cuya historia nos cuenta.

Ardía un incendio tras la niebla. Jane veía su luz vaga arriba y a la derecha del parabrisa. Lo cual daba a la difusa imagen encuadrada en el vidrio la apariencia de una película velada por un rojo destello de sol. Pero a uno y otro lado del auto, la niebla gris continuaba fluyendo lentamente, como en el fondo de un río en el cual volcaran los desagües desde la eternidad.

Jane no sabía dónde se encontraba, no sabía qué era lo que ardía, comenzaba a no saber ya quién era ella. Hubiera querido no saber ya nada, nada, nada, y que el mundo entero se quemara y cayera sobre ella para aniquilar en su cabeza lo que había visto, lo que había oído, el rostro de pronto fijo de su padre, el gesto de sorpresa interrumpido, las palabras de la Otra, la mano, la risa de la Otra, la mirada perdida de su padre, toda la escena ya inmóvil, grabada para siempre, en blanco y negro, en el fondo congelado de la memoria.

¿Por qué había abierto aquella puerta? ¿Por qué? ¿Por qué? Ya no sabía más por qué, ni sabía más qué, ni sabía más... Salió de su casa a la carrera, mordiéndose los labios para no gritar, se precipitó en su auto, chocó contra el paragolpes del auto de adelante, contra el de atrás, hizo chirriar los frenos ante un ómnibus color sangre velada, se sumergió en el río de la niebla gris. ¿Desde hacía horas, días tal vez, desde cuándo? No había más día ni tiempo, marchaba, se detenía, volvía a partir, con la mirada fija en el halo de los focos del auto que le precedía lentamente, que se detenía y de nuevo partía, en el fondo del río muerto que ahogaba a la ciudad.

Los focos que la precedían se detuvieron y no siguieron más. El resplandor rojo, arriba y a la derecha del parabrisa, palpitaba. En el río gris, fuera del coche, había ruidos de campanas y sirenas ahogadas, gritos y palabras, silbatos envueltos en algodón. Jane salió de su auto sin detener el motor. Era un hermoso modelo deportivo, color limón, al que la niebla cubría como una funda de tela sucia. Jane bajó y se fue dejando la puerta abierta. Llegó hasta la vereda. La verja de un jardín frente a una casa la detuvo. Continuó a lo largo de la reja. La niebla era una de las más espesas que jamás hubiera destilado Londres. Olía a hollín, a petróleo crudo, a tacho de basura y a rata. Se posó sobre Jane, la enlazó con sus brazos mojados, helados, besó sus ojos de color de hierba, puso lágrimas en sus pestañas, empapó sus cabellos, les dio el color de la caoba lustrada, descendió con ellos sobre sus hombros y mojó su vestido.

Jane no sentía ni el frío ni el olor de la lluvia. Marchaba a lo largo de una reja frente a una casa, luego otra vez a lo largo de una reja frente a una casa, y luego otra vez y otra, ante la reja interminable, siempre la misma. No veía ni el comienzo ni el fin, sólo tres barrotes a la vez, con el borde del ojo izquierdo; el río gris ahogaba el resto.

Su corto vestido de seda verde, empapado, bajo el cual sólo tenía un *slip* color naranja, se había tornado casi transparente, modelaba sus caderas apenas dibujadas, sus pequeños senos tiernos que el frío crispaba. Marchaba a lo largo de una reja, y de otra reja... Chocó con una sombra, pesada, más alta y más ancha que ella. El hombre la miró de muy cerca y la vio desnuda bajo la niebla. Ella quiso seguir pero él extendió un brazo ante ella y entonces se detuvo. La tomó de la mano, la condujo al extremo de la verja, penetró con ella en un estrecho camino bordeado de árboles, la hizo descender algunos escalones, abrió una puerta, la empujó dulcemente hacia una pieza y cerró la puerta tras ellos.

La pieza estaba a oscuras y olía a arenque ahumado. Apretó un botón. Una débil bombilla se encendió en el techo, rodeada por una pantalla rosa. Contra la pared, a la izquierda, había una cama angosta, cuidadosamente tendida, recubierta por una colcha de *crochet* blanco, cuyo dibujo representaba ángeles con trompetas, y que pendía a los lados con puntas de rombos terminadas en borlas. El hombre dobló la colcha y la colocó sobre el respaldo de una silla a la cabecera de la cama. Sobre la silla había una radio y un libro cerrado. Oprimió el botón negro de la radio y los Beatles llenaron la pieza con sus cantos. Al oírlos, Jane sintió que le daban una especie de calor interior, un consuelo familiar. Permanecía de pie cerca de la puerta, inmóvil. El hombre se acercó, la tomó de la mano, la condujo hasta la cama, la hizo sentar, le quitó su *slip* y le abrió las piernas. Cuando se tendió sobre ella, Jane comenzó a gritar. Él le preguntó por qué gritaba. Ella no sabía por qué gritaba. Y no gritó más.

Los Beatles habían dejado de cantar, reemplazados por una voz triste y mesurada. Era el Primer Ministro. Jane no decía nada. El hombre jadeaba discretamente sobre ella, dedicado con cuidado a su placer. Antes de que el Primer Ministro comenzase a enumerar las malas noticias, el hombre se calló. Al cabo de unos segundos suspiró, se levantó, se limpió con el *slip* naranja caído al pie de la cama, fue hasta la mesita próxima a la hornalla de gas, vació en un vaso lo que restaba de la botella de cerveza y bebió.

Volvió junto al lecho, hizo levantar a Jane con gestos y palabras amables, subió con ella los escalones, la condujo hasta el extremo del estrecho camino con árboles, la acompañó algunos pasos a lo largo de la verja, luego la empujó dulcemente en la niebla. Por un instante ella fue sólo un pálido esbozo verde, después desapareció. Él permaneció allí, inmóvil. Conservaba en la mano el *slip* naranja que, en el extremo de su brazo, parecía el vaporoso fantasma de

una pequeña mancha de alegre color. Se lo metió en el bolsillo y regresó a su casa.

Sven estaba en Londres desde hacía dos semanas. Era la primera etapa de su viaje. No conocía Londres, pero había hallado refugio junto a unos amigos, una pareja de *hippies* alemanes, que lo familiarizaron con los lugares simpáticos de la ciudad. Estos habían ido a Londres porque era la ciudad de la juventud, pero él había salido de su casa para ir mucho más lejos.

Todas las tardes iba a Hyde Park, se sentaba al pie de un árbol y disponía alrededor de él sobre el césped imágenes de flores, de pájaros, del Buda, de Jesús, de Krishna, de la media luna musulmana, del sello de Salomón, de la svástica, de la cruz egipcia y de otros rostros o símbolos religiosos dibujados por él mismo sobre papeles de todos colores, así como una foto de Krishnamurti joven, hermoso como Rodolfo Valentino, y una de Gourdieff con su cráneo desnudo y sus bigotes de cosaco. Esos papeles multicolores parecían la hierba florecida alrededor de él, y testimoniaban a sus ojos la multiplicidad florida y alegre de las apariencias de la Verdad Única. Una verdad que sabía que existía y quería conocer. Era su razón de vivir y el motivo de su viaje. Había dejado Noruega para ir en busca de Katmandú. Londres era su primera etapa. Katmandú se encontraba al otro lado de la Tierra. Para proseguir su viaje le faltaba, al menos, un poco de dinero. En medio de sus papeles floridos colocaba un cartel con esta inscripción: «Tomad una imagen y dad una moneda para Katmandú». Sobre el letrero ponía una caja de conservas vacía, se sentaba con la espalda apoyada en el tronco del árbol y comenzaba a cantar canciones que inventaba acariciando su guitarra. Eran canciones casi sin palabras, en las que algunas siempre se repetían: Dios, amor, luz y los pájaros y las flores. Para él todos esos términos designaban la misma cosa. El ros-

tro común de todos ellos era lo que esperaba descubrir en Katmandú, la ciudad más santa del mundo donde todas las religiones del Asia lindaban y se confundían.

Los londinenses que pasaban no sabían dónde quedaba Katmandú. Algunos creían que el nombre que leían sobre el cartel era el de ese muchacho de barba rubia y largos cabellos, hermoso como debió serlo Jesús adolescente, durante los años misteriosos de su vida, cuando nadie sabe dónde estuvo, y cuando quizá simplemente lo ocultaba para protegerse mientras florecía, demasiado tierno y demasiado hermoso, antes de convertirse en un hombre lo bastante duro para ser crucificado. Durante algunos instantes escuchaban la canción nostálgica de la cual sólo comprendían algunas palabras, contemplando a ese muchacho tan bello y tan luminoso, con su corta barba de oro rizada y sus largos cabellos, y su guitarra cuya madera estaba gastada en el lugar donde se movían los dedos de la mano derecha, y las flores de veinte colores posadas alrededor de él. Comprendían que ellos no comprendían, que algo, ahí, se les escapaba. Sacudían un poco la cabeza, experimentaban una especie de remordimiento y dejaban algunas monedas antes de irse y olvidar muy pronto la imagen de ese muchacho y el aire de su canción, para que tales cosas no perturbaran sus vidas. Los que adquirían uno de los papeles floridos lo miraban al irse sin saber qué hacer. Separado de los otros, el papel les parecía menos alegre. Era como una flor cortada al pasar, entre otras flores, y que de pronto, en la punta de los dedos, no es más que una cosita insignificante, y que muere. Lamentaban haberlo comprado, no sabían cómo deshacerse de él, lo plegaban y lo metían en su bolsillo o en su cartera, o bien lo arrojaban rápidamente en un cesto de desperdicios.

Las mujeres, a veces —algunas mujeres fatigadas y ya no muy jóvenes—, contemplaban a Sven largamente y envidiaban a su madre. Y se inclinaban para deslizar en la caja una moneda de plata.

La madre de Sven ignoraba dónde estaba su hijo. Tampoco se preocupaba por saberlo. Ya tenía edad para ser libre y hacer lo que quisiera.

Aquella tarde estaba sentado en el lugar de costumbre, había dispuesto sus dibujos floridos, su cartel y su caja vacía, y había comenzado a cantar. La niebla le cayó encima de golpe. Recogió su jardín, se puso el capuchón de su *duffle-coat*, y siguió cantando, no con la esperanza de recoger algunas monedas, sino porque también hay que cantar en la niebla. La humedad distendía las cuerdas de su guitarra, y por fracciones el tono descendía a la melancolía del menor. El fondo del río lento hizo surgir ante él el cuerpo de Jane. A la altura de sus ojos vio pasar el borde de su vestido de ahogada, sus largas piernas mojadas, una mano abierta que pendía. Miró hacia arriba, pero lo alto del cuerpo y la cabeza se fundían en el agua gris. Cogió la mano helada en el momento en que iba a desaparecer, extrajo el cuerpo y descubrió el rostro de Jane. Era como una flor que se abre después del crepúsculo y que cree que sólo existe la noche. Sven comprendió al instante que debía enseñarle el sol. Se quitó el *duffle-coat*, se lo colocó sobre los hombros y lo cerró cuidadosamente alrededor de ella y del calor que le daba.

El señor Seigneur se alzó sobre un codo y trató de sentarse al borde de la cama. No lo logró. Todo el peso de la Tierra estaba sobre su vientre y lo aplastaba contra el colchón. ¿Pero qué es lo que tenía? ¿Qué es lo que había allá adentro? No, no era el... No, no era un... No, ni siquiera había que pensar en esa palabra. El médico había dicho entero cualquier cosa, congestión, adherencias. Enfermedades que se curan. No el... Ni pensar en eso. Hay que cuidarse, tener paciencia, será largo... Pero hoy todo se cura, el progreso de la medicina es importante. Ya no es como antes, cuando los médicos no sabían. Tomaban el pulso. «Saque

la lengua». ¡La lengua! La pobre gente que vivía en ese tiempo. Hoy en día hay tratamientos. Los médicos han hecho estudios. Saben, me han hecho análisis. Han visto bien que no era. El doctor Viret es un buen médico. Es joven, enérgico.

El señor Seigneur miró la mesa de luz sobre la cual se levantaba el apretado conjunto de cajas de medicamentos, como una reducción maciza de los rascacielos de Nueva York. El señor Seigneur había leído todos los prospectos de las cajas. No había comprendido muchas palabras, hasta incluso le costó leerlas. Pero los médicos comprenden. Han estudiado, saben. Lo cuidan a uno. Los prospectos están escritos por sabios. Es algo serio. Los médicos, los sabios, eso es el progreso. Lo moderno. Con ellos no se corren riesgos.

El señor Seigneur se dejó caer sobre la almohada. Su rostro estaba cubierto de sudor. Su enorme vientre no había querido desplazarse. Y del otro lado de su vientre apenas sabía si todavía tenía piernas. Llamó a la señora Muret, la sirvienta. Pero la cocina donde la señora Muret se hallaba preparando el desayuno estaba llena de Mireille Mathieu que gritaba su pena con su voz de cobre porque el hombre al que amaba acababa de tomar el tren. Le gritaba que jamás lo olvidaría, que lo esperaría todos los días y las noches de su vida. Pero la señora Muret sabía bien que no regresaría. Un hombre que toma el tren sin darse vuelta, ese hombre no regresa nunca más. Sacudió la cabeza, probó la salsa que preparaba y agregó un poco de pimienta. Mireille llegaba al final de su último sollozo. Hubo un centésimo de segundo de silencio durante el cual la señora Muret oyó el llamado del señor Seigneur.

Tomó su transistor y abrió la puerta de la pieza. Era un lindo pequeño transistor, japonés, forrado con cuero, con agujeros en uno de los lados, como un colador. Martine se lo había regalado. Ella jamás hubiera osado comprarse uno, siempre con los centavos justos. La madre de Olivier a me-

nudo se atrasaba en enviarle los giros. Felizmente, desde que el señor Seigneur estaba enfermo, con la señora Seigneur atendiendo el negocio, la tomaban por toda la jornada, a cuatrocientos francos por hora, lo que daba un buen ingreso semanal, con el almuerzo incluido. A la noche se llevaba lo que quedaba, para Olivier. De vuelta en su casa, lo ponía en el gas y lo arreglaba un poco, le agregaba salsa o papas, para que tuviera el aspecto de un plato nuevo recién hecho para los dos. Siempre resultaba muy bueno. Era una excelente cocinera. Olivier no se fijaba en ello, acostumbrado a su buena cocina lo encontraba natural. Lo esencial es que él se portaba bien. Ya era casi un hombre, y tan hermoso y amable. Ella tenía mucha suerte, era una gran dicha.

No se separaba nunca de su transistor. Desde que lo tenía ya no estaba más sola. Desaparecieron esos silencios terribles en los que uno se abandona a la reflexión.

Era toda la vida, todo el tiempo a su alrededor. Sin duda, las noticias no siempre son buenas, pero ya se sabe que el mundo es como es, no tiene explicación, nada se puede contra eso, lo esencial es hacer bien su tarea y no causar mal a nadie. Si cada uno hiciera otro tanto las cosas andarían menos torcidas. Y después había todas esas canciones, todos esos chicos y chicas, tan jóvenes, que cantaban el día entero. Eso le calentaba el corazón. Ella jamás supo cantar. Nunca se atrevió. Entonces, escuchaba. De tanto en tanto, cuando un muchacho o una muchacha repetía una canción ya oída muchas veces, se dejaba llevar, alegremente, a tararear un poco con él o con ella. Pero enseguida se detenía. Sabía que su voz no era linda.

Un coro de anunciadores penetró con ella en la habitación del señor Seigneur.

—«¡Las pastas Petitjean son las únicas que contienen nutriente!».

El señor Seigneur gimió.

—¿No podría parar un minuto ese aparato?

—Sí, sí —dijo la señora Muret, conciliadora—, enseguida. ¿Qué pasa?

—«Gracias al nutrimento las pastas Petitjean alimentan sin engordar».

—Vaya a buscar a mi mujer. Necesito la bacinilla.

—Ni pensarlo, a esta hora, cuando hay más ventas. Apenas se da abasto con las dos pequeñas. Yo se la alcanzaré.

Depositó el transistor sobre la mesa de luz junto a los rascacielos.

—Cuando se está enfermo no hay que tener vergüenza. Póngase de costado. Un poco, así, un poco más. Vuélvase ¡Ya está!

—«Gracias al nutrimento que disuelve las féculas las pastas Petitjean nutren sin perturbar las células del cuerpo».

—Se las haré probar —dijo la señora Muret—. Le diré a la señora Seigneur que traiga un paquete del almacén. Es lo que usted necesita, con su vientre.

Ahora era Dalida quien cantaba, trágica. También había sido abandonada. Se diría que las mujeres fueron hechas para eso, las desdichadas. La señora Muret se preguntó si le llevaría a Olivier un paquete de pastas Petitjean, con queso rallado y un buen trozo de manteca. Olivier necesita alimentarse más. Se había desarrollado muy rápido y trabajaba tanto. Bien quisiera ella que aumentase un poco de peso.

Olivier se detuvo. Algo se movía a su derecha, sobre el césped, una palpitación clara que prendía sobre el fondo oscuro de la hierba helada los restos de los últimos resplandores del crepúsculo. Era una paloma herida que intentó huir al aproximársele él. Olivier la levantó con precaución. Sus dedos se hundieron en el plumaje tibio y sintieron el precipitado latir del corazón. Entreabrió su sacón canadien-

se de pana marrón y colocó el ave asustada en el calor de la lana.

Se produjo una súbita claridad. Los proyectores acababan de encenderse sobre el Palacio Chaillot, sus jardines y sus juegos de agua. Olivier veía la colina iluminada, encuadrada por los pilares sombríos de la Torre Eiffel, como un decorado teatral que espera la entrada del primer personaje. Respiró profundamente, exaltado por la luz y la soledad. El Campo de Marte aparecía desierto y oscuro. La noche ceñía alrededor de él su esfera infinita, de frío, de desgracia, de injusticia. Y Olivier estaba ahí, de pie, frente a la luz, en el centro de ese mundo negro cuyo rumor confluía hacia él de todas partes, como la queja de un enfermo. Y, ante él, esa luz hacia la cual bastaba marchar alzando la cabeza. La noche, la injusticia, la desgracia serían expulsadas, la luz llenaría el mundo, no habría más hombres explotados por los hombres, más mujeres agotadas, lavando interminablemente la vajilla, más niños que lloran en los tugurios, más pájaros heridos... Habría que expulsar a la noche, terminar con la noche, con la negrura, con la injusticia, llenar todo de luz, Había que *querer* hacerlo. Había que hacerlo. Lo harían...

La Torre se iluminó irguiendo hacia el cielo su larga pierna rojiza. Olivier tuvo que curvarse hacia atrás para ver la punta donde el faro giraba entre las estrellas. El cielo estaba claro, la noche sería fría. Olivier deslizó su mano derecha por la abertura de su blusón para impedir que la paloma cayese, y se dirigió a la casa de Patrick. Ya antes había ido hasta allí, a pie desde la Facultad de Derecho, acompañando a su camarada. Patrick sonreía un poco mientras Olivier hablaba con pasión, de lo que había que deshacer, de lo que había que hacer, de lo que había que construir, de lo que había que destruir, del mundo injusto y absurdo que tenían que arrasar, del mundo nuevo que todos los hombres unidos instaurarían después. Los padres de Patrick vivían junto al Campo de Marte. Olivier nunca había entrado en la casa. Llamó con la mano izquierda.

André, el secretario privado de la señora de Vibier, vino a abrirle. El señor Patrick no había regresado aún, pero no tardaría.

André fue a avisar a la señora de Vibier que un amigo de su hijo lo esperaba en la sala. La señora dejó su estilográfica y plegó sus anteojos. Estaba corrigiendo el discurso que pronunciaría dos días después en Estocolmo. Le pidió a André que telefonara a Mrs. Cooban, a la UNESCO, para verificar las cifras de las cosechas de arroz del 64 y 65 en Indonesia, y tratar de conseguir las del 66. No eran todavía las 18 horas; Mr. Cooban se encontraría aún en su oficina. Si no, su secretaria. Y que revisara un poco la conclusión. Ella era demasiado lírica, no bastante precisa. Lo que reclaman los congresistas son hechos. Regresaría el martes por el avión de las 9. Que tuviese listas las respuestas del correo, en fin, las que pudiera, las más posibles. No dispondría de mucho tiempo, volvería a salir a las 17 para Ginebra y tenía una cita a las 14 en lo de Carita.

—¿No verá al señor? —preguntó André—. Hasta el miércoles no regresa.

—Nos encontraremos el domingo en Londres —dijo ella. Patrick tal vez se quede con ese joven. Avise a Mariette. El Macon que bebimos al mediodía era mediocre. ¿Es el último que envió Fourquet?

—Sí, señora.

—Telefonéele que se lo lleve. Si no tiene nada mejor en Beaujolais, que me envíe un burdeos liviano, no demasiado nuevo, para todos los días. ¡Y cuando digo un vino corriente para todos los días, eso no quiere decir un vino cualquiera!

—Bien, señora.

Se levantó para ir a ver al joven que esperaba a su hijo. Le gustaba estar en contacto con la juventud. Con Patrick era imposible. Cuando intentaba hablarle la miraba sonriendo un poco, como si lo que ella dijera no pudiera tener

la menor importancia. Respondía «sí, mamá», con mucha dulzura, hasta que ella dejaba de hablar, desalentada.

Había un gran haz de rosas, casi en medio de la sala, en un antiguo jarrón de porcelana verde pálido, colocado en el suelo, al borde de una alfombra china, cerca del clavicordio verde pálido pintado con guirnaldas rosas. Al entrar, Olivier fue derecho hacia las flores, se inclinó sobre ellas, pero en el extremo de sus largos tallos no conservaban perfume alguno. Entre las dos ventanas, que daban a la Torre y a Chaillot, se veía otro ramo colocado sobre una mesa baja. Compuesto de flores secas, plumas y palmas, un pájaro muerto con plumaje tornasolado se posaba en lo más alto, con las alas abiertas como una mariposa.

—¿Qué querías que ella pensara? —preguntó Patrick—. Ponte en su lugar.

Miró a Olivier con un ligero aire de burla y mucho de amistad. Se hallaban sentados en la terraza del Select. Olivier bebía un jugo de naranja, y Patrick, agua mineral. Patrick se parecía a su madre en modelo reducido. Era tan grande cómo ella, que era tan grande cómo el gran retrato del cardenal. Él era reducido en el sentido del espesor. Como si las últimas reservas de fuerza vital de su raza se hubiesen agotado al construirle una armazón extendida en altura y no quedara nada para fabricarle carne alrededor. Sus cabellos, de un rubio pálido, estaban cortados casi al ras, con un flequillo muy corto en lo alto de la frente. Anteojos sin armazón cabalgaban sobre su gran nariz delgada, aguda, como fracturada y torcida hacia la izquierda, igual que la de su madre y la del cardenal. En el lugar de la fractura se adivinaba el blancor del hueso. La boca era grande, con labios descoloridos, entreabiertos, labios que amaban la vida y hubieran podido ser golosos si hubieran tenido sangre detrás de la piel. Las orejas eran pequeñas y de una forma perfecta. Orejas de niña, decía su madre. Una de ellas esta-